

Por un ecologismo de la razón/1

Ladislao Martínez

El riesgo de invitar a discutir sobre un tema a diversos autores —además bastante próximos— es que con frecuencia se acaban repitiendo las mismas ideas expuestas con distintas palabras. Tengo, por ejemplo, un acuerdo básico con el texto con el que Joaquim Sempere “nos provoca”. Se me ocurre entonces que mi aportación más interesante al debate debe ser alguna reflexión suelta sobre alguna característica poco desarrollada en el citado artículo del ecologismo en los países ricos, complementada con comentarios sobre los logros y perspectivas del ecologismo no político partidista del Estado español.

Coincido con Joaquim en que el ecologismo atravesó una primera fase “utópica” que no resistió el paso del tiempo/2. El ecologismo hoy realmente existente en los países industrializados tiene muchos rasgos de “utopía negativa”, que existe repitiendo lo que casi nadie quiere oír, porque el paso del tiempo prueba que muchas veces es cierto. Coincido también con Joaquim en que entraña una gran dificultad recoger adhesiones mayoritarias cuando el programa político a defender no puede ser otro que el de “nada en demasía”. Máxime cuando de la “demasiá” se deriva la comodidad de sectores muy amplios, en muchas ocasiones mayoritarios de la sociedad.

Como sostengo que no puede hablarse de derechos más que cuando las pretensiones de un grupo social son universalizables/3, la totalidad del mensaje ecologista solo puede desazonar a la mayoría de la población... E incomodar al grueso de la izquierda que en su corriente socialdemócrata vive demasiado apegada al modelo económico en vigor y en la mayoría de los restos comunistas existentes prefiere cultivar el mito de una clase obrera mayoritariamente despojada de bienes materiales, a los que tiene legítimo derecho, por el capitalismo/4.

Uno puede por tanto enfadarse por la escasa aceptación que tienen algunas muy razonadas propuestas programáticas ecologistas, pero sería ingenuo sorprenderse

1/ Artículo originalmente publicado en la revista *Mientras tanto*, n.º 100, otoño de 2006 (N del A.)

2/ Al menos el español. Creo que ese rasgo no es común al ecologismo de todos los países occidentales. En bastantes países la “corriente principal” del ecologismo no pasó por esta fase “utópica”.

3/ Y por ejemplo al menos con los actuales niveles tecnológicos no son universalizables muchos deseos que son considerados necesidades (también coincido con la sugerencia que hace Joaquim en su texto al respecto) por la práctica totalidad de la población: no tenemos derecho a recorrer las distancias medias anuales que se recorren en los países como España, ni al consumo de electricidad o de energía primaria per cápita actual, ni a la ingesta de proteínas animales presentes en una dieta media, ni a disponer de una segunda residencia para aliviar la tensión de las ciudades, ni a disponer de automóvil, ni... Algunas de ellas pueden ser demandas atendibles, pero no constituyen un derecho.

4/ He escrito algunas notas sobre el conflicto entre ecologismo y el resto de las izquierdas en *Libre Pensamiento* n.º 49. Para quienes aspiramos a la síntesis del ecologismo y la izquierda no puede resultar más que preocupante el alejamiento creciente que se detecta en los últimos años entre las opciones políticas verdes y comunistas. Y el fracaso electoral de las escasísimas opciones que pretenden la síntesis.

“... no puede hablarse de derechos más que cuando las pretensiones de un grupo social son universalizables”

de que esto ocurra. En cualquier caso considero que las propuestas programáticas, sobre todo lo que se conoce como programas de alcance intermedio⁵, tienen una importancia esencial, no tanto para ilusionar, como para minimizar los miedos que provoca abandonar situaciones de privilegio⁶.

En relación con lo anterior cabe señalar la importancia que las catástrofes han tenido en el avance de la puesta en práctica social de algunas ideas ecologistas. No estoy diciendo con ello que el ecologismo haya avanzado solamente en sus planteamientos cuando se han producido catástrofes⁷, pero sí que en muchas situaciones en que la correlación de fuerzas no estaba clara, ciertos sucesos catastróficos han sacudido las conciencias de las sociedades satisfechas hasta el punto de provocar saltos importantes. Tampoco esto es en mi opinión muy sorprendente porque el miedo es otro atributo de tales sociedades⁸. Por citar algunos ejemplos claros: el parón nuclear. Aunque ya existían signos de que a finales de los 70 el optimismo sobre el uso pacífico de la energía nuclear empezaba a declinar, por efecto combinado del fracaso económico de dicha tecnología y la vigorosa respuesta social, fue el accidente de Harrisburg (EE UU, 1979) el que provocó su brusco parón, y el de Chernobil (Ucrania, 1986) su casi total paralización.

Otro ejemplo un tanto paradójico fue el parón que sufrió la comercialización de productos transgénicos (contra los que la resistencia social era apreciable, pero no masiva) por efecto de sucesos como las vacas locas y los pollos con dioxinas. El miedo se apoderó de buena parte de los ciudadanos europeos y existió una moratoria *de facto* sobre dichos productos durante varios años. No se trataba del mismo fenómeno pero la lectura que se hizo por parte de la sociedad es que “con las cosas de comer no se juega”.

Toca señalar, no obstante, para huir del pesimismo que destilan estas notas, que la opción “clásica” de *movilización-pedagogía social-acumulación de*

5/ Reconozco mi deuda total en este campo con Jorge Riechmann.

6/ Me refiero a privilegios reales que ya se disfrutaban o que se aspiran a disfrutar en un futuro no muy lejano. Sorprende, por citar solo un ejemplo, la virulencia con que rechazan las limitaciones al uso del automóvil muchas personas que aún no tienen coche, pero aspiran a tenerlo en un futuro.

7/ Ha habido otro mecanismo de consecución de objetivos ecologistas, como por ejemplo el proceso de transmisión, podríamos decir capilar, de logros entre países de similares condiciones socioeconómicas. Este fenómeno se ha producido mucho en el interior de la UE, donde los logros conseguidos en los países en que las “fuerzas ecologistas” eran mayores se han transferido muchas veces a través de legislaciones comunes. Este hecho se ha producido mucho en nuestro país en asuntos tales como el reciclado, la mejora de la calidad del aire y del suelo...

8/ Otra manifestación, en este caso terrible y terrorífica del miedo, es el aumento de la xenofobia. Sorprende ver la angustia con que viven la entrada de inmigrantes personas que no tienen ningún contacto con ellos. Y el miedo que provocan quienes objetivamente solo pueden ser considerados víctimas. Las llegadas de pateras de este verano a Canarias son una prueba de lo dicho. El giro perceptible de la administración Zapatero, que hasta ese momento había intentado mantener un discurso bastante integrador, guarda relación con el miedo de amplios sectores de la población y el cálculo electoral.

fuerzas también ha funcionado para lograr objetivos. Sin salir de nuestro país ni de este siglo, vale la pena recordar las movilizaciones sociales contra el trasvase del Ebro que revirtieron (cierto es que tras un cambio político al que sin duda contribuyeron) una situación que parecía atada y bien atada.

Una paradoja del ecologismo es que las causas que provocan su necesidad a partir de un determinado grado dificultan también la posibilidad de las alternativas que postula. En realidad esto no es una singularidad absoluta del ecologismo, pero sí que en él se presenta de un modo más acusado⁹. Este asunto tiene que ver con las nociones de límite e irreversibilidad, tan útiles para el ecologismo. Un ejemplo para hacer más claro lo que quiere decirse puede extraerse de nuestro conocimiento actual sobre el cambio climático. Cuanto más se incrementen las emisiones de gases de efecto invernadero más evidente será la necesidad de considerar las propuestas ecologistas¹⁰, pero al mismo tiempo dificulta su implantación “ordenada” porque agudiza sobremedida los problemas sociales y crea nuevas demandas que hacen más difícil reducir el uso de recursos no renovables. Cuando se superan límites absolutos ni siquiera existe la posibilidad de intentar dar marcha atrás: si se destruyen los bosques tropicales regenerarlo puede requerir un tiempo muy largo.

El avance combinado de diversos problemas ambientales hace que aparezcan conflictos entre distintos objetivos ecologistas legítimos. Por ejemplo en un país como España, en el que se presentan severas afecciones por el cambio climático (y en donde las emisiones han tenido un efecto desbocado), pero que al tiempo sufre un severo proceso de desertificación, el empleo de biocarburantes se convierte en un asunto polémico¹¹. En tal tesitura, para el ecologismo la tarea se vuelve extremadamente compleja. En mi opinión es poco lo que puede aportar el “ecologismo de la

⁹/ Los problemas de pobreza tienen un cierto parecido con los ambientales. Su existencia justifica la existencia de la izquierda, pero la falta de recursos a ella asociada dificulta la posibilidad de una salida de izquierdas. Aunque en este caso existe el margen de la riqueza injustamente repartida que puede resignarse a favor de los necesitados. Este margen no existe muchas veces en los problemas ambientales.

¹⁰/ Caben también intentos de huida hacia el abismo como es la posibilidad de incrementar el uso de la energía nuclear, pero el modelo de más tecnología dura para prevenir los problemas de la tecnología dura tiene las alas cortas. El asunto merece más reflexión, pero es apartarse del objetivo de estas notas.

¹¹/ Esta es la discusión que en la actualidad mantenemos Óscar Carpintero y yo mismo sobre el uso de los biocarburantes. Él plantea una objeción frontal basándose en los daños reales y en los riesgos potenciales de su implantación en nuestro país. Yo juzgo que, sin ser la panacea de las alternativas al transporte, son un alivio a los problemas urgentísimos del cambio climático, que en mi opinión entienden mejor Blair y Gore que la mayoría del ecologismo ibérico. Escribo estas notas cuando todavía resuenan los ecos de prensa de las intervenciones de ambos mandatarios. Para Óscar toca aplicar el principio de precaución (que los dos invocamos) para no causar los daños hoy no conocidos de su introducción; según yo toca aplicarlo al cambio climático para no alcanzar la concentración atmosférica de gases de efecto invernadero equivalente a un incremento de temperatura de 2°C (momento a partir del cual pueden aparecer las “sorpresas climáticas” de acuerdo con los mejores conocimientos científicos disponibles). Teniendo en cuenta la concentración actual y el ritmo de crecimiento que se está produciendo, esto ocurriría antes de 10 años. Él es muy crítico con las políticas gubernamentales a este respecto (ver su excelente artículo de *El Ecologista* n.º 49, de otoño 2006). Yo creo que con las debidas críticas (no a la importación de materia prima desde el primer mundo, no a los transgénicos, atención al recurso agua...) el ecologismo debe decir “sí” a dichos productos arriesgando una cifra indicativa de alternativa.

sensibilidad”/12 (por lo demás absolutamente legítimo) que difícilmente jerarquiza problemas, no acostumbra a ver adecuadamente sus complejidades y propende a soluciones escapistas. Más opciones tiene el “ecologismo de la razón” que debe reforzar sus alianzas con la ciencia (convertida paradójicamente en “razón crítica”) para buscar, en tanto sea posible, el óptimo ambiental en cada situación. Creo que óptimo ambiental no puede confundirse en los tiempos actuales con el óptimo de cada uno de los problemas ambientales señalados, sino que coincide más bien con la resultante de lo menos malo de una evaluación multicriterio. Existen dos riesgos fatales para dicha evaluación: ignorar algunos de los problemas esenciales y no saber jerarquizarlos convenientemente/13.

Dos comentarios finales en relación con algunos rasgos del ecologismo del Estado español. El primero es el hecho bastante singular de que no existe una organización política de referencia/14, lo que ha obligado al ecologismo social y a las ONG ambientales a tener que jugar en varios campos. Tal y como yo lo entiendo, al ecologismo social no partidista le corresponde arriesgar más, conocer con suficiente rigor y precisión los viejos y nuevos problemas ambientales para orientar su actuación, e iniciar su andadura sin esperar a obtener un importante respaldo social. Si se acierta el paso del tiempo provoca un reconocimiento a posteriori que compensa sobradamente la travesía en el desierto. Hay que resaltar que los grupos sociales solo necesitan contar con el respaldo de sus propios activistas sin sufrir la tensión de contar votos en las confrontaciones electorales, que en las sociedades de la abundancia suelen castigar severamente las apuestas arriesgadas. Además, para hacer creíble el catálogo de “malas noticias” del que es portador suelen ser necesarias pruebas porque el escepticismo es un buen y fiel guardián de la pasividad de los satisfechos.

Y decía que el ecologismo social y las ONG ambientales han tenido que jugar en varios campos porque a esta tarea de abrir brecha/15 han tenido que unir

12/ Utilizo este término para referirme a aquellas personas que se sienten ecologistas pese a no conocer en profundidad buena parte de las amenazas ambientales. Pero que perciben con gran intensidad daños al medio ambiente en alguna de sus manifestaciones y ello es motivo suficiente para elegir campo.

13/ Existe, claro está, el riesgo individual de quienes se reclaman de este ecologismo y acompañan un método complejo con lagunas importantes. Las posibilidades de hacer el ridículo por pretenciosidad son muy altas.

14/ En nuestro país, los verdes solo han obtenido representación en CC AA presentando listas en solitario en Baleares. En distintos periodos ha habido también diputados o senadores estatales pero en listas conjuntas con otras formaciones (PSOE e IU) y eurodiputados en la misma situación. Aunque el asunto es seguro que resultará polémico, en mi opinión los partidos verdes autónomos son (tras ya muchos intentos) una experiencia poco relevante; ICV en Cataluña es la experiencia más semejante a la de los verdes europeos, mientras que los intentos de fuerzas nacionalistas (BNG, Chunta, Aralar, Batasuna...) por ocupar el espacio verde sin renunciar a su perfil nacionalista ha proporcionado magros resultados y me falta objetividad (por mi pasada implicación personal en el tema), pero diría que ha sido un fiasco práctico la apuesta roja, verde y violeta de IU. En algunos países europeos (como Portugal) la situación es bastante similar a la española.

15/ Yo diría que además los colectivos de la ecología social deben impulsar movilizaciones, servir de memoria histórica de las luchas, educar, ofrecer algunos (pocos) servicios ambientales que sirvan de pequeños laboratorios sociales de innovaciones o de estrategias de resistencia... Por el contrario, los partidos políticos de cierto tamaño tienen una enorme dificultad para incorporar en su práctica reivindicaciones que son necesarias, pero que necesitan cierto tiempo para alcanzar un mínimo respaldo social.

la de “recoger manzanas” o, en términos menos coloquiales, afianzar logros e intentar hacer irreversibles ciertas situaciones/16. Una y otra tarea tienen cierto grado de contradicción, lo que ha llevado al ecologismo de este país no solo a detraer fuerzas de su objetivo fundamental, sino a dedicar excesivo tiempo al trabajo de presión institucional y a ofrecer contrapartidas en los procesos de negociación que significan de facto hipotecas de cara a las nuevas luchas socioambientales. Aunque ha habido quien ha sabido capear aceptablemente esta tensión, el grueso del ecologismo ha sufrido una fuerte tensión hasta la institucionalización que ha dejado huellas.

El último comentario tiene que ver con la política de alianzas de que debe dotarse el ecologismo social de este país. En mi opinión, desde una identidad fuerte, el ecologismo debe ser capaz de establecer alianzas diversas con sectores sociales muy distintos para conseguir logros concretos. El aporte del ecologismo a esas dinámicas debe ser su conocimiento de los temas abordados y de los mecanismos de participación social. Aunque un objetivo a alcanzar es, sin lugar a dudas, un mayor nivel de conciencia de los problemas ambientales y de sus posibles soluciones, esta condición no puede ser un requisito previo. En distintas luchas ambientales los sectores sociales participantes son distintos/17. El reto del ecologismo es saber dirigirse a ellos, acompañarlos y socializar sus conocimientos. Al menos en los tiempos que corren en este país, resulta ridículo pretender que las luchas socioambientales de más interés deban tener como principal protagonista al grupo ecologista. Antes al contrario, debe contar con una pluralidad de agentes sociales, unidos entre sí exclusivamente por un programa de mínimos (que puede ampliarse y es conveniente que así sea) en el que todo el mundo se reconozca.

La otra tarea es asegurar la complementariedad y la coherencia de las luchas en que participa para conseguir avances significativos.

Ladislao Martínez ha sido un veterano ecologista social y político, cofundador de Ecologistas en Acción y miembro del Consejo Asesor de *VIENTO SUR*.

16/ Por citar solo un ejemplo, y sin que esto signifique una crítica a la totalidad, fue especialmente penosa la abstención de Greenpeace a la estrategia de prevención del cambio climático que presentó el último gobierno de Aznar. Votamos en contra los sindicatos, Adena y Ecologistas en Acción, representantes de ayuntamientos y CC AA gobernadas por el PSOE. Aparte de tratarse de un fallo de apreciación, prueba la tensión que existe por intentar alcanzar algo, sobre todos en las condiciones más difíciles cuando se tiene constancia de la gravedad de los problemas. Los ejemplos podrían alargarse hasta la extenuación.

17/ No puedo dejar de comentar un fenómeno que me ha resultado sorprendente. En los últimos seis años vengo participando en movilizaciones contra la instalación de centrales de gas en ciclo combinado en el sureste de Madrid (la zona más pobre). Existe una coordinadora de colectivos que se opone cuya composición solo depara algunas sorpresas: hay agricultores afectados, funcionarios —más libres para manifestar su rechazo en zonas con una economía con fuertes rasgos endogámicos—, artesanos, autónomos... y una pléyade de jubilados y prejubilados que han retornado a los pueblos —en los que viven temporalmente o todo el año— y que quieren mantener condiciones naturales no muy diferentes de las que conocieron antes de abandonar los pueblos. Sin duda son una de las columnas centrales de la movilización.